

CAPTULO III.

LA CIVILIZACION.

La idea de la civilizacion, como las de libertad, igualdad y cultura, pertenecen á la humanidad. La expresion tuvo su origen en Italia, durante el reinado de Teodorico, en presencia de la antigua civilizacion romana (1).

La civilizacion tiene tres caractéres distintos:

- 1) Ennoblece, cultivándola la naturaleza todavía inculta;
- 2) Hace que domine el espíritu sobre la materia;
- 3) No sólo en los individuos aislados, sino tambien en la sociedad y en el Estado mismo.

Así, pues, la civilizacion sólo se conquista por el esfuerzo y el trabajo. La naturaleza da el gusto y la aptitud; lo demás debe hacerlo el hombre.

Una nacion es civilizada ó inculta, segun presenta en su conjunto, trabajo, desarrollo, progreso, ó sólo fuerzas latentes.

Dícese tambien de una nacion que es *bárbara ó civilizada, salvaje ó culta*, pero estas oposiciones no deben confundirse con la primera. En su origen todos los pueblos son incultos, pero no por esto son bárbaros ó salvajes. Las tribus verdaderamente salvajes no han llegado jamás por sí mismas á la civilizacion. La reciben, pero no se la dan á sí mismas. Abandonadas á su propio impulso, permanecen en su grosero estado de naturaleza, y aun suelen volver á caer en él despues de haber salido con el auxilio de otros. Roma y Grecia, al tratar á todos los demás pueblos como bárbaros, desconocian á sus vecinos, pues este nombre pertenece á los pueblos en donde preponderan los

(1) Los antiguos Romanos oponian la expresion *civilitas á crudelitas*, y llamaban *humanistas* á lo que nosotros denominamos civilizacion, palabra que se refiere naturalmente al Estado: *civis, civitas; civilis, civilitas*, V. Dahn, *Könige der Germ.*, t. II, p. 137.

elementos brutales; pero no puede aplicarse á aquéllos en los cuales predomina el espíritu, aunque sea inconscientemente. Aunque incultos en tiempo de Tácito, no merecian este epíteto los Germanos, y el gran historiador que describía sus costumbres y sus virtudes, mostraba á los Romanos los gérmenes de una gran civilizacion futura. No tienen, pues, razon los autores romanos cuando nos hablan de los Francos ó de los Germanos, todavía *bárbaros*, asimilándolos, en cierto modo, á los salvajes. Su religion, su lengua, su derecho, sus costumbres, revelan el estrecho parentesco que los une á los demás pueblos arios, y por tanto, á los Griegos y á los Romanos.

Por lo demás, estas distinciones son harto vagas. La civilizacion reemplaza á la incultura primitiva, y multiplica sus fuerzas luchando contra ella; pero los malos instintos pueden despertarse siempre en el individuo lo mismo que en las naciones. La historia de casi todos los países nos presenta ciertos retrocesos, generalmente pasajeros, de brutal pasión ó de crueldad abominable.

La civilizacion es el triunfo del espíritu sobre la materia. El Estado fija el derecho, crea órganos de instruccion y de educacion, perfecciona las relaciones de la vida; cada paso que da hácia adelante, es un progreso para la civilizacion.

La religion y la civilizacion se proponen el mismo objeto, el perfeccionamiento del hombre; pero su direccion y sus medios son diferentes. La religion une al hombre con Dios; la civilizacion une á los hombres entre sí. La una se dirige al alma creyente, y purifica y santifica el corazon; la otra habla principalmente á la razon, y se manifiesta exteriormente en las obras. La primera es enseñada por la Iglesia; la segunda es principalmente protegida y animada por el Estado.

La religion y la civilizacion siguen por punto general dos caminos paralelos, apoyándose la una á la otra.

Algunas veces, sin embargo, se las vé separarse y hasta combatirse. El cristianismo, que nos hace á todos hijos de Dios, tiene un íntimo enlace con la más elevada civilizacion, que es á su vez la manifestacion más perfecta de la humanidad. Roma dió á los Germanos la religion cristiana y la civilizacion greco-romana, y los reyes francos se encargaron de extender estas dos semillas fecundas. Los progresos de las misiones cristianas acompañan y aseguran

las conquistas pacíficas de las naciones modernas sobre los bárbaros de las demás partes del mundo.

Sin embargo, una nación puede ser á la vez poco religiosa y muy civilizada: tal era Atenas en tiempo de Alejandro, ó Roma en tiempo de Augusto.

También suele suceder que un pueblo muy religioso sea poco civilizado, como sucedía por ejemplo, con los Mahometanos de los primeros siglos y los Germanos de la Edad Media. Los santos, los monges y los misioneros han llegado á veces hasta odiar la civilización. Los maestros y los propagandistas de la civilización han estado con frecuencia separados de la Iglesia, ó se han preocupado más de los intereses de la ciencia que de los dogmas. El cristianismo se extendió primero combatiendo la antigua cultura romana. Los monges que luchaban en Alejandría contra las escuelas filosóficas, eran casi bárbaros.

Las diversas civilizaciones llevan todas, más ó ménos marcado, un sello nacional, y su bienhechora influencia sobre la humanidad, es la que determina principalmente su importancia y su rango. Dante dice admirablemente en su *Monarquía*: «la tarea esencialmente propia del género humano, considerado como ser colectivo, es la de expresar todas las fuerzas del espíritu, primero por el pensamiento, despues en los hechos. Tal es el fin último de la civilización (*finis utilis civilitatis humani generis*).

Toda civilización presenta un doble aspecto: perfección de la vida pública, y perfección general de la vida *privada*. Guizot, en su *Historia de la civilización europea*, se detiene demasiado en las individualidades. Este nombre no pertenece á la cultura, aunque fuese la más acabada, de uno ó de muchos personajes: toda civilización es un bien común. Un descubrimiento ó una invención sólo tienen acción civilizadora desde el día en que contribuyen al progreso general.

Tampoco deben confundirse la *educación* y la *civilización*. La civilización china se funda más que ninguna otra en la educación tradicional cuidadosa, meticulosa; y sin embargo, es mediana. ¿No vemos sabios que tienen costumbres bárbaras?

La civilización moderna que Europa y su hija, la América, propagan hoy por todo el mundo, tiene un triple origen:

1) En la *antigua civilización greco-romana*. La influencia de los Griegos aparece principalmente en la filosofía, en

la poesía, en la arquitectura y en la escultura; la de los Romanos en el derecho civil, en la política, en la historia y en la arquitectura.

2) En el *cristianismo*, que vivificó el amor al prójimo, despertó la compasión hacia los que sufren, y fundó innumerables establecimientos de caridad. La constitución de la Iglesia y la extensión de su autoridad tuvieron también una influencia indirecta. En la actualidad, si somos ménos creyentes y estamos ménos sumisos al dogma que los pueblos de la Edad Media, se han generalizado, sin embargo, y son más fecundas que nunca, la caridad y la beneficencia.

3) Los *Germanos* desarrollaron y transformaron las dos fuentes precedentes, con especialidad por su amor á la libertad, sus buenas costumbres y su respeto á la dignidad humana.

Pero por ricas que sean, no son estas fuentes las únicas: las naciones modernas han traído á la civilización su contingente de trabajo y de progreso. Así, entre otros:

1) Los *Italianos*, herederos más directos de la civilización antigua, fueron los primeros que formaron una lengua y crearon una literatura nacional y moderna, embellecieron de un modo magnífico sus ciudades, extendieron su comercio, y formularon los primeros principios de derecho comercial. El renacimiento de las artes produjo en Italia obras inmortales de arquitectura, de pintura y de escultura, venciendo el carácter sombrío de la Edad Media.

2) La civilización debe ménos á los *Españoles* y á los *Portugueses*. Si rechazaron á los Mahometanos de Europa, fué sólo arrastrados por el fanatismo, y destruyendo la floreciente civilización de los moros. Su principal mérito está en sus descubrimientos allende los mares, y en los progresos que hicieron en la navegación. Su literatura tiene también su gran período; pero el absolutismo del príncipe y del clero ahogaron muy pronto este brillante impulso del siglo XVI. A fines de éste invadió su suelo esa orden fatal de los jesuitas, que vuelve contra la civilización las mismas fuerzas que ésta le presta.

3) Entre los pueblos latinos, son los Franceses á quienes más debe la civilización. Este gran pueblo se siente llamado, más que ningún otro, á obrar en el exterior con un espíritu civilizador. Su buen sentido, su juicio apasionado,

su amor á las buenas ideas, su habilidad para expresarlas claramente, su buen gusto, su tacto delicado, su lengua fácil y culta, todo contribuyó á colocarlo durante siglos, al frente de la sociedad europea. La unidad de un poderoso Estado nacional y una capital la más brillante de todas, aumentaban su influencia. La sociedad francesa dió el tono á toda la sociedad culta; y la literatura del siglo clásico de Luis XIV y del siglo XVIII, las ideas de la Revolucion y el génio de Napoleon, aseguraron á Francia, durante mucho tiempo, una especie de heguemonía en Europa. Pueden echarse en cara á los Franceses muchos defectos graves: su espíritu superficial, su vanidad, su extremado temperamento, su manía de innovaciones y de cambios, son defectos que concluyeron por comprometer su posicion elevada; pero lo que han producido merece el reconocimiento del mundo.

El pueblo *inglés*, mezcla de elementos germanos y latinos, lo mismo que el pueblo francés, aunque en relacion inversa, y su jóven hermano de América, se han señalado, sobre todo, en el dominio político propiamente dicho. Son los primeros que han realizado la forma elevada del Estado representativo; han desarrollado el principio de la monarquía constitucional, los parlamentos, la república. Es cierto que predominaba en todo el pensamiento de sus libertades nacionales y de sus intereses públicos; pero han continuado siendo los primeros modelos del mundo político moderno. A ellos es á quienes la libertad debe sus armas legales y sus garantías jurídicas.

América ha hecho mucho por la libertad de conciencia y la separacion de la Iglesia y del Estado. Los Ingleses son muy superiores á los Franceses por su buen sentido y el respeto á la tradicion. Han construido su edificio político sobre fundamentos históricos seguros, mientras que los Franceses sólo pensaban en destruirlo todo para reconstruirlo de nuevo. A Inglaterra y á América es tambien á las que más deben las artes técnicas de la fabricacion, la navegacion y el comercio del mundo. Ningun pueblo tiene un sentido más práctico; esta cualidad degenera á veces en egoismo frío y calculador. La ciencia les debe muchos de sus progresos; y aunque no se hallen tan bien dotados para las bellas artes, pertenece, sin embargo, á Inglaterra el poeta más grande del mundo.

5) El pueblo *aleman* se distingue, sobre todo, por los servicios que ha prestado á la libertad política, religiosa é intelectual. Quebrantó en primer lugar el imperio despótico de Roma y dió á las nacionalidades luz y espacio para constituirse. Impidió despues, en la Edad Media, el triunfo de la dominacion universal de los pontífices. Y en el siglo XVI, proclamó la libertad de conciencia é ilustró los espíritus con sus Iglesias y su nueva cultura. Por último, sus perpétuos esfuerzos por la investigacion de la verdad, su celo infatigable en las ciencias, su razon independiente y varonil, sus tendencias morales, su entusiasmo por la belleza y por el bien, han producido infinidad de obras científicas, literarias, artísticas y técnicas, que pertenecen á la humanidad.

Hasta se ha podido creer un instante que, absorto el pueblo aleman en estos trabajos, olvidaba ocupar su lugar en el nuevo movimiento político. El imperio romano de Alemania se arruinaba; las divisiones de raza, de dinastía y de confesion parecían imposibilitar toda unidad, y que debían perpetuar la preponderancia del extranjero. Alemania no se mostraba como la igual de sus vecinos, sino en el dominio de las ideas y del pensamiento; su gobierno era muy inferior. La naturaleza poco sociable, decidida y tenaz del Aleman, y la fidelidad de muchas tribus hácia sus príncipes, se oponían á toda concentracion fuerte.

Pero Prusia supo al fin comprender las aptitudes políticas y guerreras de nuestro pueblo; el Imperio aleman se levantó vigoroso y enérgico en medio de las potencias de Europa, dirige en la actualidad todas sus miradas hácia la civilizacion, y no piensa en conquistar ni en dominar. Lo que quiere es la libertad de las naciones por el respeto de cada cual hácia el derecho de las otras, y la emancipacion de los espíritus de la educacion embrutecedora de los jesuitas y de la idolatria del Pontífice infalible.

6) Los pueblos *eslavos* han sido hasta hoy más pasivos que activos, ménos creadores que propagadores de la civilizacion. Rusia se esfuerza por arrancar á la barbarie el Oriente y el Norte de Europa, y en fecundarlos con nuestra civilizacion cristiana. La idea más particularmente eslava de la fraternidad está quizá la llamada á marcar un dia una nueva etapa de progreso.

El mundo dista aun mucho de su fin más elevado. Nues-



tra cultura, por avanzada que parezca, adolece aun bastante de la barbarie. El triunfo de la civilizacion es todavia muy incompleto, puesto que el derecho y la paz pueden ser alterados y violados á cada instante por la usurpacion brutal ó por sangrientas revoluciones; que las naciones más avanzadas ventilan sus cuestiones por la fuerza de las armas, y clases enteras no pueden tener más que una existencia degradante, ó son de hecho excluidas de todos los goces del hombre civilizado.

Más vale, dicen muchos, que una nacion permanezca semi-bárbara que no que llegue al apogeo de su civilizacion, porque desde este momento comienza fatalmente su decadencia. ¿Pero no es más honroso morir despues de haber cumplido sus fines, que vivir sin llegar á realizarlos? Una nacion civilizada deja una rica herencia á la humanidad reconocida; cuando perece una nacion bárbara, ápenas si queda de ella el recuerdo.

CAPITULO IV.

LA NACIONALIDAD Y LA HUMANIDAD.

El principio de las nacionalidades no ha sido nunca tan poderoso como en nuestros dias. Toda la política moderna tiene un carácter nacional marcado.

Casi todos los Estados de nuestra Europa son *nacionales*. Un pueblo homogéneo forma la fraccion principal de la nacion, y llena el Estado con su espíritu, su carácter y su sentimiento. En ninguna parte es homogénea la nacionalidad. Francia, que es el Estado más nacional de Europa despues de Italia, encierra en su seno elementos heterogéneos, Bretones y Bascos, por ejemplo. El Imperio alemán tiene Polacos, Dinamarqueses, Franceses, etc.; la Gran Bretaña y Rusia son aún más heterogéneas; pero aún en éstos, es en la una la raza anglo-sajona, auxiliada por el elemento normando, la que da impulso é imprime su sello principal al Estado, y á la que se han subordinado los elementos ménos vigorosos, antiguos Bretones, Escoceses é Irlandeses, y en la otra la nacionalidad rusa, formada por la mezcla de los Eslavos y Fineses, se ha impuesto á los elementos Fineses puros, Alemanes, Polacos, Tártaros, etc.

Así, pues, no hay un pueblo considerable que esté comprendido todo en un mismo Estado. Hay Franceses en Suiza y en Bélgica desde hace muchos siglos. Alemania deja aún fuera de su seno un número considerable de Alemanes. La nacionalidad inglesa ha fundado tambien un doble imperio; los Rusos, por último, tienen en los Rutenos austriacos parientes próximos que no forman parte de su vasto Estado.

Italia, España, Portugal, los Países-Bajos, Dinamarca y Suecia, tienen tambien un marcado carácter nacional, á pesar de sus mezclas secundarias. En Suiza y en Bélgica, por el contrario, las proporciones son tales que no puede decirse que domina en ellas una nacionalidad determinada. Bélgica tiene casi tantos Flamencos como Franceses. Suiza

comprende tres grupos: Alemanes, Franceses é Italianos, y ha sabido unirlos en una especie de *internacionalidad pacífica*.

Austria-Hungría y los Estados europeos del *Gran Turco*, se hallan en una situacion más difícil. Las nacionalidades se mezclan en ellas mucho más que en el resto de Europa, pero se hallan en una lucha sorda y constante.

¿Dónde están aquellos tiempos en que San Estéban de Hungría decía á su hijo: «Unius linguæ, uniusque moris regnum imbecile et fragile est?» Este axioma podía ser verdadero ántes de que se despertase el espíritu nacional, y cuando el latin, única lengua oficial del Estado, atenuaba las múltiples oposiciones de los elementos tan heterogéneos del reino húngaro. En la actualidad han cambiado las cosas. La aristocracia de los Magyares contiene difícilmente su ambicion, y se muestra poco justa con las demás nacionalidades de Hungría. Estas rechazan enérgicamente una lengua y una cultura quizá inferior á la suya. Hungría no puede adoptar más que una especie de política internacional análoga á la de Suiza, aunque con más unidad, por razon de la mision más activa que pertenece al gran Imperio austro-húngaro.

Las mismas dificultades existen en los países *cislehitanos*. Políticamente dominan aquí los Alemanes, pero no son bastante fuertes para asimilarse ó para conducir las numerosas nacionalidades eslavas. Esta *polinacionalidad* hace que sea difícil ser justo para cada raza, sin romper la unidad del imperio. Una solucion armónica, daría, sin duda, fecundos resultados, en razon de la rica variedad de elementos reunidos. Pero se ha seguido durante tanto tiempo un sistema de represion tan deplorable por el poder absoluto, por la burocracia y por el ejército que es hoy casi insuperable la dificultad, y que los hombres de Estado mejor intencionados sólo inspiran ya una mediana confianza á poblaciones tantas veces engañadas.

La existencia del imperio turco está aún más amenazada desde que se ha despertado el sentimiento de sus diversas nacionalidades. Grecia se ha separado y procura atraerse las demás provincias griegas del imperio. Rumanía se ha convertido en un Estado independiente; Sérvia y Montenegro son tambien Estados soberanos, y el movimiento separatista y nacional gana terreno en Bosnia, Herzegovina y

Rumelia. Parece que el pueblo turco es incapaz de transformar su violenta conquista en una civilizacion pacífica que calme los sufrimientos y triunfe de las antipatías nacionales.

Estos pueblos diversos, son, sin duda, muy débiles para constituir otros tantos Estados distintos en medio de nuestras grandes formaciones modernas. Su educacion es todavía incompleta; sería necesario que se apoyasen unos á otros, y se uniesen entre sí para el desarrollo y la proteccion de sus nacionalidades. El problema es difícil y su mejor solucion sería una *confederacion internacional* bajo la proteccion influyente de Europa.

La política nacional no tiende solamente á formar nuevos Estados; tiene ademas su mision en los asuntos interiores del Estado, y en sus relaciones con el extranjero. En el interior sostendrá la unidad nacional contra las tentativas particularistas; en el exterior evitará el cospolitismo sentimental y romántico, para afirmar su carácter nacional y proteger sus intereses nacionales.

Esta política halla siempre un apoyo considerable en el pueblo. Compréndese esto cuando se resúmen las causas que han dado tanta fuerza al principio de las nacionalidades, á saber:

- 1) El sentimiento de un mismo origen, de la comunidad de carácter y de espíritu;
- 2) El desarrollo y la influencia creciente de la literatura y de las artes nacionales, y la accion diaria de la prensa;
- 3) El derecho electoral concedido á todos los varones, y la accion pública y preponderante de la representacion nacional.
- 4) Cierta *complacencia* de cada pueblo para consigo mismo, comparando sus cualidades con los defectos de los otros, y aumentando de este modo la emulacion. La frialdad característica de los Ingleses, la vanidad de los Franceses, la astucia de los Italianos, el orgullo de los Alemanes, la santurronería de los Españoles, luchan por glorificarse.

Mas, á pesar de la importancia que hoy se da á una política nacional, es necesario ponerse en guardia contra sus debilidades y exageraciones.

Una política, exclusivamente nacional, faltaría fácil-

mente á la justicia y amenazaría la paz general. Cada Estado se aislaría, se encerraría en sí mismo, y se desconocerían la unidad y la comunidad del género humano. Una política nacional sólo es perfecta cuando es al mismo tiempo internacional ó humana, cuyos términos no son en manera alguna contradictorios, porque la misma naturaleza humana une todos los pueblos de esa gran humanidad, en la cual se hallan como los colores en la luz.

La política internacional puede ser considerada como el primer grado que conduce á la política humana. La una mira principalmente á los pueblos, y se esfuerza por unirlos, mediante un comercio pacífico é instituciones comunes; la otra se inspira ante todo en la comunidad universal de los hombres, y quiere conducir la humanidad á sus fines. Aunque más completa que la política nacional, no tiene la primera suficiente conciencia de la unidad del género humano; pero ha producido en nuestros días admirables resultados. La difusión del derecho de gentes por los continentes de Europa y de América y hasta en el Asia oriental, las uniones internacionales de correos y telégrafos, la unificación de los pesos, medidas y monedas, la navegación cada vez más extensa, los numerosos ferro-carriles internacionales, y por último, los inmensos progresos del comercio del mundo, demuestran que los pueblos, lejos de querer aislarse, comprenden cada vez mejor la comunidad de sus intereses.

Es verdad que no tenemos una lengua internacional como lo era el latín en la Edad Media, sino lenguas nacionales, algunas de las cuales como el francés y el inglés, pueden considerarse como tales dentro de ciertos límites. Pero todos los pueblos civilizados aman la humanidad y expresan este sentimiento en sus diversas lenguas. La organización general del mundo, bajo la forma de una confederación ó de un imperio universal sólo pertenece á algunos espíritus, como ideal del porvenir. La mayor parte la califican de sueño; y sin embargo, el actual derecho de gentes puede considerarse ya como una forma visible, aunque imperfecta de un derecho general.

Las guerras más célebres de la historia, las que destruyeron un despotismo que amenazaba á todo el mundo, que atravesaron el Océano, que abrieron los mares y los puertos á los buques de todas las naciones, que protegieron

á los extranjeros y aseguraron la libertad de conciencia, son esencialmente humanas.

La humanidad, la expresión más elevada del alma, de la razón y de la caridad humanas, es el fin más alto de las naciones más valerosas y de los más grandes hombres de Estado.